

El Kaiser musulmán

Lo he leído en una crónica de Burdeos; el Kaiser que aquí algún germanófilo excesivamente entusiasta ha querido presentárnoslo como católico ferviente, por la cuenta que les trae, unos periodistas de Constantinopla lo han presentado allí como musulmán terroroso, y un francés desesperanzado no teniendo a qué agarrarse para combatir las simpatías que los altos prestigios del Emperador de Alemania tienen en España, nos viene con el cuento creyendo hacer honda impresión en nuestras opiniones.

Mal deben andar los franceses de argumentos para combatir la personalidad del Kaiser cuando a tales niñerías acuden, porque el Kaiser ¿qué culpa tiene de que un periodista diga en una parte blanco y otro periodista diga negro en otra? Por lo que respecta a España, estas maniobras inocentes no producen efecto porque todos sabemos que Guillermo II es un protestante y lo seguiremos creyendo mientras él personalmente no declare otra cosa. De modo que intentar destruir las simpatías que despierta en la casi totalidad de los españoles por esta razón, es perder el tiempo lastimosamente, porque no están fundadas en que profese esta o la otra religión.

Las simpatías de los españoles se fundan en que siendo protestantes no es un sectario, perseguidor de la religión católica como lo es el Gobierno francés, como lo es el Zar de Rusia que aún a los turcos de sus Estados deja mayor libertad religiosa que a los católicos de Polonia, como lo es el Rey de Italia, usurpador del poder temporal de los Papas, y nada digo de Inglaterra porque allí oficialmente no hay más Dios que el becerro de oro.

Las simpatías del Kaiser en España se fundan en que su acción en el Gobierno de sus Estados responde al concepto que aquí tenemos de lo que deben ser los Monarcas y de hecho resulta el Rey para el pueblo y no el pueblo para el Rey.

Las simpatías por el Kaiser se fundan en España en la admiración que produce la previsión, diligencia y constancia con que ha preparado a su pueblo para que no pueda ser arrollado por ninguna otra nación.

Pero como no todo lo hace la admiración hacia la persona sino que también ponen no poco los recuerdos de la Historia y las conveniencias del presente, las simpatías tienen también por fundamento que no tenemos agravios que vengar de Alemania, porque nunca tuvo un Emperador que invadiera traidoramente, como Napoleón nuestro territorio, con el propósito de conquistarlo, ni nos arrebató

ningún Gibraltar gratuitamente, porque sí, e interviniendo en los asuntos interiores de España sin razón ni derecho alguno, ni nunca cohibió nuestra libre voluntad con amenazas ni engaños como Inglaterra, y en fin, porque siendo ésta nuestro enemigo secular y estando Alemania en guerra contra él, es justo y es razonable que nuestras simpatías estén al lado del enemigo de nuestro enemigo.

Pero aún juzgada la cuestión como una maniobra germanófila para acrecentar las simpatías por Alemania nadie con menos derecho que los aliados podrá censurar que los alemanes pretendan halagar al sentimiento religioso de los alemanes sus aliados o de los católicos, porque en todo caso no hacen otra cosa que imitarles a ellos que han llegado a falsear las manifestaciones del Papa con objeto de hacernos creer a los católicos que la opinión de la Santa Sede les era favorable, en tanto que los ingleses y los franceses hacen carantoñas a los mahometanos de todo el mundo.

Nadie ha fantaseado tanto, nadie ha tergiversado tanto la verdad ni se ha contradicho tanto, como la prensa de los aliados.

Seguramente que los musulmanes que luchan en las trincheras del frente franco-belga y a quienes se les da toda clase de facilidades para el cumplimiento de sus prácticas religiosas, estarán en la creencia de que el jefe del Islamismo es enemigo irreconciliable del Kaiser, teniendo buen cuidado de ocultarles la proclamación de la guerra santa.

¿Hay algo menos digno que llevar los hombres con engaño a luchar por una causa enemiga de su propia causa? Porque la causa de los musulmanes está indudablemente al lado de Turquía.

TIROL

El Credo del lector Católico

Vamos a poner los doce artículos del Credo para lecturas cristianas, a fin de que se despierten los católicos durmientes del letargo que les produce la morfinia y el tósigo de los periódicos y publicaciones de la Prensa impía o no católica.

1.º Creo que la lectura es el alimento moral del alma, y que según estos alimentos se forman los hombres, resultando cierto el axioma *Dime lo que lees, y te diré quién eres.*

2.º Creo que la inteligencia o temperamento intelectual se forma según lo que se le suministra. Si percibe ideas impías, erróneas, anarquistas, liberales, mestizas o congruistas, así serán también sus juicios, sus raciocinios y sus obras.

3.º Creo que es imposible moralmente resistir a la lectura de cada día. Según los libros, los periódicos y las novelas que se lean, así serán también las pasiones y las conversaciones.

4.º Creo que un libro o mala lectura es peor que un mal amigo. Si uno se familiariza con un mal periódico o con un mal amigo, su ruina es cierta.

5.º Creo que las malas lecturas son tan perniciosas al alma como el veneno al cuerpo.

6.º Creo que la lectura de novelas y romances, por indiferentes que parezcan, quitan al carácter su gravedad, a la vida su seriedad, al corazón su pureza, a la voluntad su fuerza, a las pasiones su calma a la historia su verdad y a las personas su formalidad y sensatez.

7.º Creo que un gran número de personas se engañan sobre las lecturas que tienen o permiten. Envenenan su inteligencia y manchan su conciencia sin casi darse cuenta.

8.º Creo que las personas que permiten, favorecen, aconsejan, se subscriben o recomiendan lecturas frívolas, amorosas, subversivas o peligrosas, contraen una terrible responsabilidad ante Dios, ante las familias, ante la sociedad y ante la moral pública.

9.º Creo que en la hora de la muerte se dispararán muchas ilusiones sobre las malas lecturas, con detrimento de un gran número de almas.

10.º Creo que si las almas extraviadas y perdidas por la mala Prensa y lecturas perversivas se nos apareciesen, quedaríamos asombrados por su gran número. Si los reyes y los pueblos reflexionasen las conspiraciones, las revoluciones, las calumnias, las injusticias, los asesinatos, los divorcios, los suicidios, los pecados y los crímenes que se han cometido por la Prensa, serían los primeros en clamar contra ella.

11.º Creo que si los libros pudiesen hablar, revelarían cosas espantosas sobre el apostolado de perversión que ejercieron en las almas.

12.º Creo en la resurrección de la sociedad y en la paz perdurable si se desterrasen todas las malas publicaciones que hacen perder el dinero, el tiempo, la inteligencia, el corazón, la paz, el alma.

O.

¿RULO O BULO?

Metió a Rusia Inglaterra en el mal paso, —sin un punto dudar del buen suceso— de triturar, de su «rodillo» al peso, a la Europa central en tiempo escaso.

El Teutón, del rodillo no hizo caso; le hizo cambiar su avance en retroceso, y en vez de hecho papilla, está muy tieso celebrando con burlas el fracaso.

Al tener el Inglés del caso aviso, dijo: «Yo ser también falso coloso;

que el submarino audaz verde me puso».

Dios castigar tanta soberbia quiso; y hace tiempo que están haciendo el oso por tierra y mares el Inglés y el Ruso.

R. SANCHEZ MADRIGAL

EL 40 HP.

Todos sabéis cómo transcurren los primeros momentos en la expectativa de la taza del café. Se mira con curiosidad a todos lados, excitando el apetito con el ruido estridente de las cucharillas que golpean en las mesas de mármol, y se respira con delectación una atmósfera de humo, caliente y pesada; que flota blanquecina por los ámbitos del salón.

Todo para satisfacer la vanidad de un inocente lujo que se paga de una taza caliente de achicorias por treinta céntimos y con propina.

En la mesa se revuelven periódicos y las conversaciones giran sobre los temas de actualidad; la guerra, las elecciones, lo que declara el bode, las luchas de los partidos y las opiniones diversas sobre los resultados.

¡Las elecciones! He aquí un tema de actualidad palpitante sobre el que saben discurrir maravillosamente los cuatro amigos.

—¡Si aquí tuviésemos un candidato de prestigio!— dice uno.

—Eso sería una locura;— se oye contestar— no se puede pensar en eso. Iríamos al ridículo, a una estéril derrota.

—Pero nos contaríamos, haríamos ejercicios, daríamos fe de vida, podríamos servir de contrapeso, de fuerza decisiva... Un pacto, un arreglo a cambio de los votos... Algo saldríamos ganando.

—Pero no se convence usted de que luchamos con un imposible: con el miedo, con la apatía de los nuestros. Somos los más y sin embargo los que menos podemos. Parece que nos da vergüenza ir diciendo por ahí somos carlistas, integristas, católicos. ¿Ve usted? Candidatura republicana, liberal, conservadora. Nosotros nos escondemos tímidos para pensar. Y luego esos ricos, esos que pueden... tan quietos, tan pacíficos, tan tontos!...

Un silencio discreto sirve de comentario a estas palabras en aquella mesa, mientras suepan en las demás las risas, de las cucharillas, con rumor de friyola y juguetona algazara.

De pronto se acerca y se para temblando junto a la ventana un lujoso automóvil.

Todas las cabezas se vuelven hacia el sportman elegante que acaba de